



Sebastopol en mayo de 1855

I

SEIS meses han transcurrido desde que la primera granada de los bastiones de Sebastopol silbó surcando la tierra donde construía sus trabajos de sitio el enemigo. Desde entonces, miles de granadas, de bombas y de balas volaron sin cesar de los bastiones á las trincheras y de las trincheras á los bastiones, mientras el ángel de la muerte se cernía incansable sobre ambos campos.

Millares de sentimientos humanos se vieron lastimados; millares de hombres se hallaron satisfechos, enorgullecidos, mientras otros tantos caían en brazos de la muerte. Cuántos vendajes y cuántos ataúdes! Y todos los días los mismos estampidos en los bastiones. Siempre el mismo temor involuntario y el mismo miedo; los franceses miraban todos los días desde su campamento, en la claridad de las noches con luna, la tierra amarillenta de los bastiones de Sebastopol, las negras figuras de nuestros marineros moviéndose en la penumbra, mientras contaban sus almenas amenazándolas con sus cañones de bronce. Todos los días lo mismo; el sargento observando desde la luneta, ó de lo alto del telégrafo, las figuras abigarradas de los franceses, sus baterías, sus atrincheramientos; las columnas moviéndose sobre la verde colina y las pequeñas humaredas brotando de detrás de las trincheras; y siempre con igual

ardor, desde las diversas partes del mundo, las muchedumbres de todos los pueblos tendiendo, con diversos deseos, sus pensamientos sobre ese punto fatal. Y la cuestión que los diplomáticos no han sabido resolver, no lo será tampoco ni con la pólvora ni con la sangre.

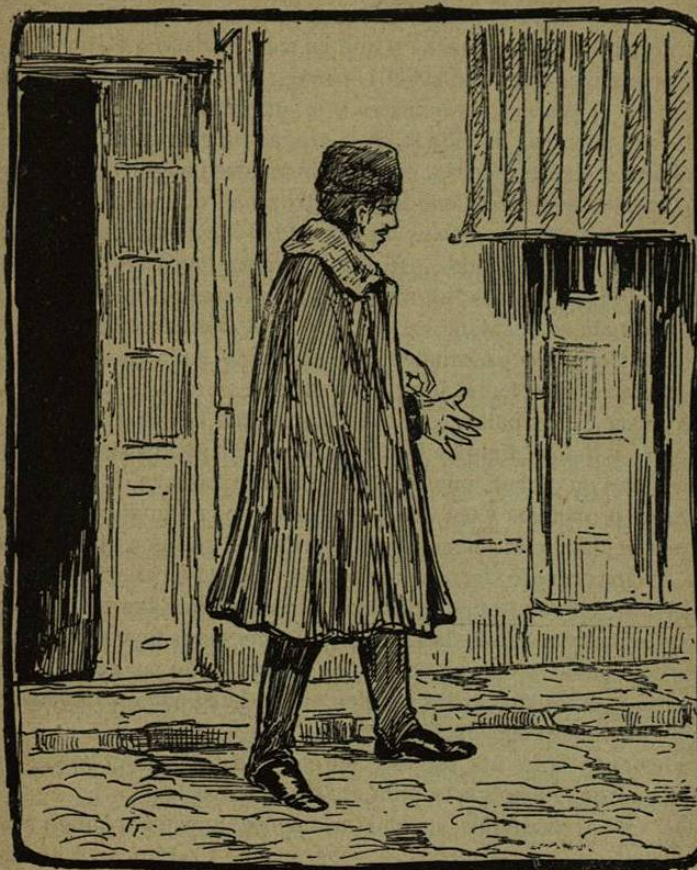
II

En un baluarte de la ciudad sitiada, la gran Sebastopol, detrás de su pabellón la música militar lanzaba á los aires sus acordes jugueteros, mientras una muchedumbre endomingada de militares y mujeres iba y venía por las calles y plazas. El claro sol de la primavera, que por la mañana se mostró por el lado donde acampaban los ingleses, extendióse sobre los bastiones, luego sobre la ciudad, después sobre los cuarteles de Nicolás; brillante y gozoso para todos, descendió más tarde sobre el tranquilo y azulado mar, haciéndolo brillar con sus dorados rayos.

Un oficial de infantería, de elevada talla, pero algo encorvado, salió, poniéndose sus guantes, no muy blancos, pero limpios, de las pequeñas casas de los marineros, edificadas al lado izquierdo de la calle del Mar. Mirando pensativo sus pies subió hacia el paseo. El rostro del oficial no era bello, ni tenía expresión de muy inteligente, más veíase en él la bondad, el buen sentido, la honradez y la elegancia. Falto de belleza y de soltura, sus movimientos eran un tanto embarazosos. Llevaba el gorro algo inclinado, un ligero capote de un extraño color de violeta y sobre el pecho lucía una cadena de reloj de oro, los pantalones con trabilla y los zapatos limpios y brillantes. Podía tomársele por un alemán si los trazos de su rostro no hubiesen denunciado su origen verdaderamente ruso, ó por un ayudante de campo ó un furriel, mas en este caso hubiera llevado espuelas; también parecía un oficial que, durante la campaña, hubiese permutado de la caballería ó quizás de la misma guardia. En efecto, había pasado de la caballería á la infantería nuestro oficial, que en estos momentos iba por el paseo pensando en la carta que acababa de recibir de su antiguo camarada, al presente retirado y propietario en el gobierno de T... y de

su esposa, su gran amiga Natalia. Volvió á leer uno de los párrafos de la carta de su amigo, que decía:

«Cuando nos traen *El Inválido*, Pupka,—el oficial retirado llamaba así á su mujer,—sale de prisa á la antecámara, atrapa



el diario y corre al fondo de nuestro salón, donde te acordarás habíamos pasado contigo tan buenas veladas de invierno cuando tu regimiento estaba en nuestra ciudad, y allí lee y se entera de vuestros actos heroicos con un calor que tú no puedes imaginarte. Mi esposa habla á cada momento de tí: «Mikhailov, dice, he aquí un *corazón de hombre*; estoy pronta á abrazarle así que le vea. Se

bate en los bastiones; alcanzará, ciertamente, la cruz de San Jorge y se hablará mucho de él en los periódicos... etc., etc.» Creo que empiezo á estar celoso de ti».

Luego añadía: «Los periódicos nos llegan con desesperante retraso; encuéntrase en ellos, sin duda, relatos muy extensos, mas no puede prestarse fe á todos ellos. Por ejemplo, las *señoritas músicas* que tú ya conoces, me contaron ayer que Napoleón se dejó coger por unos cosacos y que ha sido enviado á Petersburgo. Mas no pienses que yo lo crea! Un amigo mío llegó ayer de Petersburgo; es muy afecto al ministro y es un hombre encantador, de modo que mientras ha estado en la ciudad ha sido para todos nosotros un excelente recurso, como tú no puedes imaginarte, éste nos contó como cosa cierta que los nuestros han ocupado Eupatoria, *de suerte que los franceses han quedado sin comunicación con Balaclava*, y que durante este hecho quince mil franceses y doscientos de los nuestros fueron muertos. Mi mujer ha estado muy entusiasmada con esta nueva, que ella ha *bombeado* toda la noche; dice que tiene el presentimiento de que tú te hallabas en este hecho y que en él te has distinguido mucho».

A pesar de las palabras y expresiones que he subrayado expresamente, y todo el tono de la carta, el capitán ayudante Mikhailov, recordaba con placer, impregnado de honda tristeza, á su querido amigo de provincias y las veladas pasadas con él en el comedor de su casa hablando íntimamente. Recordaba á su buen amigo el húngaro, su descontento siempre que perdía jugando á la baraja, aunque se jugaban sólo un kopek, y el modo cómo se burlaba de él su esposa. Recordaba la amistad que ciertas personas le profesaban, y le parecía haberla apreciado más en la esposa de su querido amigo... todos estos recuerdos surgían en su imaginación iluminados de una luz dulce, agradable, rosácea.

Sonriendo ante ese pasado, apretó con la mano el bolsillo en donde guardaba esta carta para él tan deliciosa.

De estos recuerdos, involuntariamente, nuestro capitán Mikhailov pasó á los ensueños y esperanzas. Cuánta será la alegría y el júbilo de Natalia, pensaba él, siguiendo una angosta calle, cuando el mejor día lea en *El Inválido* que yo he sido el primero en recibir la cruz de San Jorge? Creo que recibiré el título de comandante por este acto. Enseguida, es muy posible que sea el mismo año, ascenderé á teniente coronel, pues muchos de ellos han muerto, y probablemente morirán muchos más aun durante esta campaña. Después vendrán otros combates y como ya seré conocido se me confiará el mando de un regimiento... Coro-

nel, condecoración de Santa Ana... Cuando sea general haré una visita á Natalia, viuda ya de mi camarada...—en sus ensueños éste había de morir durante ese tiempo;—cuando los sonidos de la música del paseo llegaron distintamente á sus oídos, la muchedumbre apareció ante sus ojos y él se encontró en el paseo siendo un simple capitán de infantería.

III

Entonces se acercó al pabellón donde tocaban los músicos, á los cuales los soldados de su mismo regimiento sostenían los paños en vez de servirse de los atriles; alrededor de ellos, mirando más que escuchando, los soldados de administración, los sargentos y las niñas con los chiquillos formaban círculo. Alrededor del kiosco, unos paseando, otros formando corrillos, hallábase la mayoría de los marinos, ayudantes de campo y oficiales con sus blancos guantes. En la grande Alameda del centro paseaban oficiales de todos grados, mujeres de toda clase, pocas con sombrero, la mayoría con pañoleta y algunas sin una cosa ni otra, pero no había ninguna vieja, todas eran jóvenes. Más abajo, en los paseos umbrosos y perfumados por las acacias blancas, grupos solitarios se paseaban ó se detenían en animadas conversaciones.

Nadie en particular demostró satisfacción al ver en el paseo al capitán ayudante Mikhailov, exceptuando quizás los capitanes de su regimiento Objogov y Sauslikov, que le estrecharon la mano; el primero llevaba pantalones de pelo de camello, capote usado y sin guantes, su encendido rostro estaba sudoroso; y al otro, de ademanes desenvueltos, demostraba importársele un ardite lo que dijeran los oficiales enguantados que por allí paseaban; pero seguramente no era por ellos que el capitán ayudante Mikhailov había subido al paseo, ni tampoco por la música, lo cual bien pudo comprenderse al ver el tacto que puso en saludar á un ayudante de campo y á otro oficial de Estado Mayor que por dos veces había encontrado en casa de un amigo y á quienes procuraba acercarse, para tener ocasión de estrecharles la mano y en amigable conversación con ellos, que por su grado podían saber todas las novedades que ocurrían, llegar á saberlas él también.

Mas por qué, pues, el capitán ayudante Mikhailov sentía tanto temor y no se decidía á acercarse del todo á ellos? Por qué se hacía la reflexión de que quizás no le devolverían el saludo, ó si acaso le saludarían friamente, ó bien continuarían hablando entre sí como si él no existiera, ó simplemente se alejarían de él, dejándole solo los soberbios *aristócratas*. El mote «aristócrata», aplicado á una índole superior, á lo escogido no importa en qué clase, desde algún tiempo había penetrado en nuestra patria, en Rusia, donde parecía no deber siquiera existir, y, sin embargo, alcanzó gran popularidad, penetrando en todas las provincias y en todas las clases de la sociedad... Dónde se desarrolla la vanidad y dónde no forma su nido este miserable sentimiento? Ah! lo mismo se anida en los comerciantes que en los furrieles y oficiales, lo mismo en Saratov que en Mamadikhi ó Viniritza, en todas partes donde los hombres se juntan y reunen. Y como en la sitiada ciudad de Sebastopol había muchos hombres, no era extraño que hubiese, por lo tanto, gran cantidad de vanidad, es decir, de *aristocracias*; pero, á pesar de ello, la muerte lo mismo se cebaba en los unos que en los otros.

Para el capitán Objogov, el capitán ayudante Mikhailov, es un *aristócrata*; para el capitán ayudante Mikhailov, el ayudante de campo Khalugin es un *aristócrata*, así como todos los ayudantes de campo. Para el ayudante de campo Khalugin, el conde Nordov es un *aristócrata*, porque es ayudante de campo del Emperador.

Vanidad, vanidad, en todas partes vanidad; hasta los hombres que se aprestan á morir por una idea elevada llegan al pie de la tumba llenos de vanidad. Vanidad, éste es el rasgo característico y la enfermedad particular de nuestro siglo. Por qué entre los hombres de otros tiempos no se hablaba tanto de esta pasión como de la viruela ó el cólera? Por qué en nuestro siglo sólo existen tres clases de hombres: Unos, que aceptan la vanidad como una cosa necesaria, natural y por consiguiente justa y á ella se someten libremente; otros, que la aceptan como una condición desgraciada, pero indestructible, y los terceros, que inconscientemente y de un modo servil y pasivo se someten á su influencia?

Por qué los Homeros y los Shakespeares sólo hablaban del amor, de la gloria y de los sufrimientos, y en cambio la literatura de nuestro siglo no es más que la historia sin fin de los *snoobs* y los vanidosos?

El capitán ayudante pasó dos veces indeciso por delante del grupo de *aristócratas* compuesto por cuatro oficiales: el ayudante de campo Khalugin, conocido de Mikhailov; el ayudante de campo

príncipe Galtzine, un poco más *aristócrata* que Khalugin mismo; el coronel Neferdov, uno de los denominados *ciento veintidós*, hombres de mundo vueltos al servicio en esta campaña después de haber tomado el retiro, y el capitán Praskukhin, otro de los *ciento veintidós*, y sólo á la tercera vez y haciendo un gran esfuerzo sobre sí mismo se decidió á acercarse á ellos.

Por bondad hacia Mikhailov, Khalugin lo recibió bastante bien, y á pesar de que el general acababa de hablarle confidencialmente y de que el príncipe Galtzine, que acababa de llegar de San Petersburgo, era su huésped, no encontró humillante el tender la mano al capitán ayudante Mikhailov, lo que no se decidió á hacer Praskukhin, á pesar de haberse encontrado varias veces con Mikhailov en el bastión y haber bebido varias veces de su vino y de su aguardiente y de que además le debía doce rublos y medio que perdió en una partida de preferencia. Como no conocía aun muy á fondo al príncipe Galtzine, no quiso demostrar ante él sus relaciones con un simple capitán ayudante, así es que apenas le devolvió el saludo.

—Qué tal, capitán? Cuando nos hallaremos de nuevo en el bastión?—le preguntó Khalugin.—Recordáis cuando nos hallamos en el reducto de Schwartz?... fué un combate rudo, verdad?

—Sí, anduvo aquello algo fuerte,—dijo Mikhailov, recordando que aquella noche, pasando por la trinchera para ir al bastión, había encontrado á Khalugin que marchaba bravamente haciendo sonar el sable;—yo tenía que volver mañana, mas como tenemos un oficial enfermo,—continuó Mikhailov—en ese caso...

Quería contarles que aquel no era su turno, que el comandante de la octava compañía estaba indispuerto, y no quedando en ella más que un sub-teniente, había creído de su deber ofrecerse para ocupar la plaza del teniente Nepchissetzki, siendo esto causa de haber ido aquel día al bastión; pero Khalugin le interrumpió, dirigiéndose á Galtzine.

—Me parece que uno de estos días pasará algo gordo,—dijo.

—Por ventura sucederá hoy mismo ese *algo*,—preguntó tímidamente Mikhailov, dirigiendo sus miradas tan pronto á Khalugin como á Galtzine.

Nadie respondió á esta pregunta. El príncipe Galtzine se contentó con fruncir las cejas y lanzarle una mirada por encima del gorro, y después de un corto silencio, dijo:

—Qué bonita niña aquella del pañuelo rojo!... La conocéis vos, capitán?

—Habita cerca de mi casa; es la hija de un marinero,—respondió el capitán ayudante.

—Entonces... Examinémosla un poco.

Y el príncipe Galtzine cogió del brazo á Khaluguin y al capitán ayudante, pero de modo que este último quedase bastante rezagado, para que no pudiese sentir gran placer con semejante distinción.

El capitán ayudante era algo supersticioso y le pareció que era cometer un gran pecado el ocuparse de mujeres teniendo que ir al combate, mas en aquel caso se hizo el despreocupado, nada de lo cual creían ni el príncipe Galtzine ni Khaluguin, quienes dirigieron alegres sus pasos hacia la niña del pañuelo rojo, quien había visto más de una vez sonrojarse al capitán cuando pasaba por debajo de su ventana. Praskukhin marchaba detrás, y á cada punto cogía la mano del príncipe Galtzine, y le hacía en francés diversas observaciones. Como no podían marchar los cuatro de frente por la estrechura de la arboleda, se había visto precisado á marchar solo; pero á la segunda vuelta cogió del brazo á un oficial de marina muy conocido, llamado Serviahgin, quien se le había acercado y dirigido la palabra, deseando visiblemente juntarse también con el grupo de los *aristócratas*.

El bravo oficial alargó con júbilo su mano musculosa y leal á la de Praskukhin, bien conocido de todos, hasta de Serviahgin, como hombre *poco estimable*. Cuando Praskukhin explicó su conocimiento con este bravo marino, dijo que era un militar muy valiente; el príncipe Galtzine, que había estado el día anterior en el cuarto bastión y había visto estallar una bomba á veinte pasos de distancia, se consideró tan bravo como aquel caballero; y convencido de que muchas de las reputaciones se adquieren sin otros méritos, no hizo ningún caso de Serviahgin.

Le era tan agradable al capitán ayudante Mikhailov el poder pasear con aquella compañía, que olvidó por completo la *embelesadora* carta de T... y los sombríos pensamientos que le obsesionaban á causa de su próxima marcha al bastión. Estuvo con ellos hasta el momento que empezaron á hablar exclusivamente de cosas íntimas, evitando el mirarle y dándole á entender que ya podía ó debía marcharse, hasta que al fin se alejaron sin decirle una palabra. A pesar de esto, el capitán ayudante estaba contento, de modo que al pasar frente al *junker* barón de Pest, que estaba más altivo y orgulloso que nunca después de la noche anterior en que por primera vez había pasado al blindaje del quinto bastión, gracias á lo cual ya se creía un héroe, no le lastimó la expresión

de rencor con que el *junker* se enderezó y se quitó el gorro al pasar por delante de él.

IV

Mas desde que el capitán hubo traspuesto el umbral de su alojamiento, otra clase de ideas invadieron su mente. Examinó su pequeña habitación con su suelo de tierra, húmedo, con sus ventanas medio caídas, con papeles en vez de vidrios; su vieja cama, un gran tapiz colgado en la pared representando una amazona, y encima de él dos pistolas de Tula; y á un lado el lecho, sucio, con un cubre camas de algodón, de un *junker* que vivía con él; luego se fijó en su ordenanza Nihila, que con sus cabellos desgreñados, pringosos, se levantaba del suelo procurando alisárselos; después se fijó en su viejo capote, en sus zapatos y el pequeño paquete en el que había un pedazo de queso y una botella de aguardiente, preparado ya para llevárselo al bastión, y entonces recordó que tenía que ir á los alojamientos á pasar la noche con su compañía.

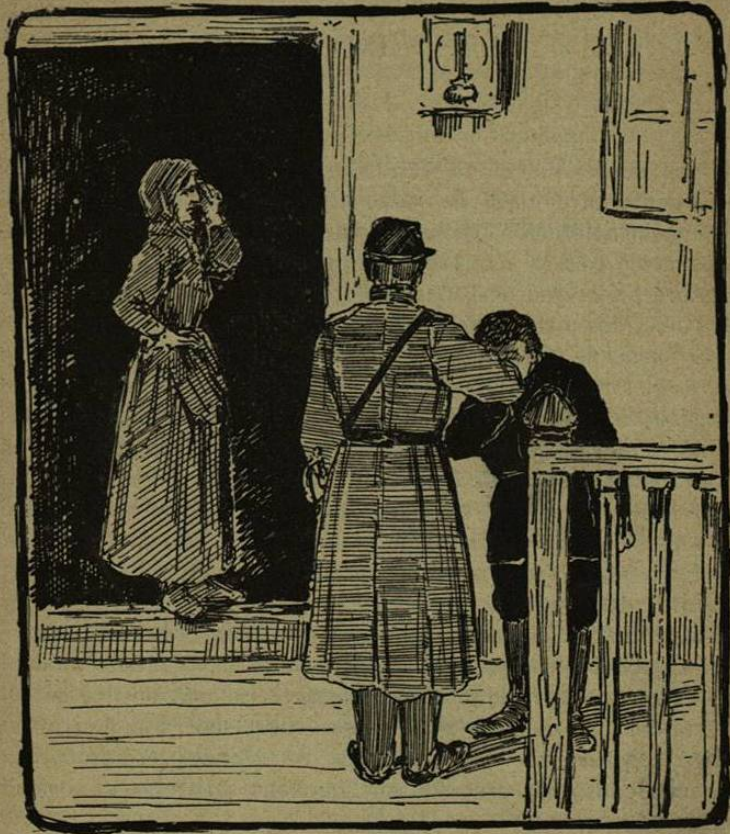
«Esta noche me matarán, seguramente, pensó el capitán ayudante, lo presiento, tanto más porque éste no era mi turno y yo mismo me he brindado á ir; si esta noche es como las demás, morirán todos los que se han ofrecido á ir. Y desde cuándo está enfermo este maldito Nepchissetzki? Es muy posible que él no esté del todo enfermo y que por su causa muera un hombre, y moriré, seguramente... Y si no muelo, oh! entonces será propuesto para un ascenso. He conocido que quedaba satisfecho el coronel cuando yo he dicho:

«Si el teniente Nepchissetzki está enfermo, permitidme que yo ocupe su lugar».

«Si no soy promovido al grado de mayor, seguramente se me concederá la cruz de San Valdimiro; ésta será, por lo demás, la décima tercera vez que iré al bastión; trece, éste es mal número; moriré, seguramente; estoy seguro de que me matarán; era necesario que uno ú otro fuera, pues no podía enviarse la compañía al mando de un solo teniente; y si sucediera *algo?* No es el honor del regimiento, es el honor del ejército el que está en juego. *Mi*

deber era ir; éste era mi sagrado deber; en cuanto á mí... tengo un fatal presentimiento!»

El capitán ayudante olvidaba que un presentimiento semejante, más ó menos fuerte, no era la primera vez que lo sentía; él quizás



no sabía que el que va á un trabajo expuesto, peligroso, en grado más ó menos grande, siente igual presentimiento. Tranquilizado por la idea del deber, que en el capitán ayudante estaba muy desarrollada y fortalecida, se sentó delante de la mesa y se puso á escribir una carta de despedida á su padre. Diez minutos después, habiendo terminado la carta, se levantó de la mesa con los ojos humedecidos por las lágrimas, y repitiendo mentalmente

todas las plegarias que sabía, empezó á vestirse. Cogió el cepillo, un poco usado ya, y lo pasó perezosamente por su vestido nuevo; el viejo que el capitán ayudante llevaba de ordinario para ir al bastión, no lo tenía aun reparado.

—Por qué mi traje viejo no está ya remendado?—Tú no sabes hacer otra cosa que dormir?—dijo malhumorado Mikhailov.

—Cómo dormir,—murmuró Nihila,—todo el día ando corriendo como un perro y ni aun aquí puede uno dormir.

—Ya veo que aun estás borracho.

—Por qué me hacéis esos reproches?... No es seguramente con vuestro dinero que me emborracho.

—Calla, imbécil,—gritó irritado ya y presto á pegarle el capitán ayudante, perdiendo del todo la paciencia y entristecido al mismo tiempo por la grosería de Nihila, á quien de todas maneras quería mucho, pues ya hacía doce años que lo tenía á su servicio.

—Imbécil? Imbécil?—repitió el criado.—Por qué me llamáis imbécil? Desde cuándo?... Además, es malo injuriar.

Mikhailov recordó donde tenía que ir y se sintió avergonzado.

—Eres capaz de hacer perder la paciencia á un santo, Nihila,—dijo con voz dulce.—Esta carta es para mi padre, déjala tal como está, encima de la mesa, no la toques,—añadió ruborizándose.

—No temáis, no la tocaré,—dijo Nihila emocionado aun bajo la influencia del vino... ó de su dinero, como él decía, y deseoso de demostrar ganas de llorar parpadeó de lo lindo.

Cuando ya en el dintel de la puerta, el capitán ayudante le dijo: «Adiós, Nihila»; éste de golpe estalló en sollozos y se arrojó sobre la mano de su amo, besándose. «Adiós, señor», le dijo con entrecortado llanto. La vieja mujer del marinero, que estaba en el dintel de la puerta, como mujer al fin, no pudo menos de tomar parte en esta escena sentimental, enjugándose los ojos con la sucia manga de su vestido y diciendo: «Uno ama á sus amos y he aquí que uno sufre por ellos», y empezó luego á contar por centésima vez á Nihila, borracho, cómo ella era una pobre mujer que había quedado viuda y cómo su marido había sido muerto durante el primer bombardeo, su casita destruída, pues la que habitaba entonces no era suya, etc. Así que hubo partido su amo, Nihila cesó de repente de llorar, encendió su pipa y pidió á la pequeña hija de la casera que fuese á buscar aguardiente y empezó á disputar con la vieja con motivo de un pequeño cubo que él afirmaba haberle roto.

«Puede ser que sólo me hieran», pensaba el capitán ayudante acercándose con su compañía al bastión, en donde debía pasar la

noche. «Mas en donde lo seré y cómo? Aquí ó aquí?», se preguntaba señalando el vientre y el pecho; «si es aquí, se llevarán chasco, mas si es aquí... todo se acabó». Por las trincheras llegó alegre á los alojamientos y desde aquel momento y en la más completa oscuridad, ayudado de un oficial de zapadores, hizo poner á sus hombres al trabajo, sentándose él en un pequeño hueco debajo del parapeto. El bombardeamiento era flojo, la pólvora se inflamaba raramente lo mismo en un lado que en otro y las mechas encendidas de las bombas trazaban pocas veces su arco de fuego en el cielo negro y estrellado. Mas todas las bombas del enemigo caían detrás ó á la derecha de los alojamientos ó del pequeño hueco donde estaba sentado el capitán ayudante. Este comió un poco de queso, bebió un trago de aguardiente, encendió un cigarrillo y, rogando á Dios, probó de dormir un rato.

V

El príncipe Galtzine, el coronel Neferdov y Praskukhin á quien nadie había invitado y ni siquiera dirigido la palabra, y que á pesar de esto, se fué con ellos cuando dejaron el paseo, marcháronse á tomar el té en casa de Khaluguin.

—Y bien, no sé que hayas reñido con Vaska Mendel,—dijo Khaluguin quitándose la capa, sentándose en un muelle y confortable sillón, cerca de la ventana, y desabrochándose el cuello de su camisa blanca y almidonada, de fina tela de Holanda.—Cómo es, pues, que se ha casado?

—Oh! eso es toda una historia, querido! Ya te dije que hubo tiempo que no se habló de otra cosa en San Petersburgo,—dijo riendo el príncipe Galtzine, y apartándose del piano junto al cual estaba, fuese á sentar cabe la ventana, cerca de Khaluguin. Es una graciosa historia. Conozco todos los detalles...

Y alegremente, con mucho ingenio, contó una historia amorosa que omitiremos, puesto que no tiene ningún interés para nosotros.

Era digno de notarse que no sólo el príncipe Galtzine, sino que también los demás caballeros, el uno sentado cabe la ventana, el otro con las piernas cruzadas y el tercero junto el piano, parecían

muy otros de cuando se paseaban por la alameda. No presentaban aquel ceño ridículo ni aquel orgullo que demostraban ante los oficiales de infantería. Aquí parecían, sobre todo Khaluguin y el príncipe Galtzine, jóvenes muy gentiles, y de lo más alegre y mejor que corría. La conversación fué rodando acerca de sus camaradas y conocidos de San Petersburgo.

—Y Maslovski, qué hace?

—Cuál? el hulano ó el de la guardia de caballo?

—A los dos conozco; al de la guardia lo recuerdo de cuando era todo un galopín, apenas salido de la escuela. Al primogénito, el capitán de caballería, es al que me refiero.

—Oh! desde hace tiempo...

—Qué? está aun con su gitana?

—No, la dejó...

Y la charla continuó por este mismo estilo.

Después el príncipe Galtzine se sentó al piano y cantó muy bien una canción gitana. Praskukhin, sin que nadie se lo pidiera, cantó también, si bien le propuso al príncipe que continuara, pues á él le gustaba mucho.

El criado trajo té, crema y pasteles en una fuente de plata.

—Dale al príncipe,—dijo Khaluguin.

—Quién pensaría,—añadió Galtzine tomando un vaso y apartándose hacia la ventana,—que estamos aquí en una ciudad sitiada: el piano, el té, la crema y un aposento tal, que verdaderamente ya quisiera ver otro parecido en San Petersburgo.

—Si no fuera por esto,—dijo el viejo teniente coronel, siempre descontento de todo—esta situación sería del todo insoportable, esta atención continuada sobre lo que puede acaecer, ver cómo cada día mueren hombres y hombres, sin jamás prever el fin... Y con esto os hacen vivir en el mismo lodo, no hay comodidades...

—Pues, cómo lo harán nuestros oficiales de infantería que viven en los bastiones, con sus soldados, dentro del blindaje y comen la sopa de los soldados? Cómo lo harán ellos?—dijo Khaluguin.

—Que cómo lo harán ellos? Es verdad que durante diez días no se han mudado la ropa, mas ellos son los héroes, los hombres admirables!...

En este momento un oficial de infantería entró en el aposento.

—Yo... he recibido orden... Podría ver al general?... Vuestra Excelencia, de parte del general N...?—dijo todo confundido.

Khaluguin se levantó; mas, sin responder al saludo del oficial, y con una cortesía ofensiva y una vaga sonrisa, muy tieso, dijo al oficial que esperara un poco, y sin invitarle á tomar asiento ni

prestarle más atención, volvióse hacia Galtzine, hablóle á éste en francés, mientras que el pobre oficial parado en medio de la estancia no sabía qué hacer de su persona.

—Es para un asunto muy urgente,—añadió por fin el oficial después de un corto silencio.

—Ah! entonces, vamos, si os place,—respondió Khaluguin, y tomando su capa salieron juntos hasta la puerta.

—Y bien, señores, creo que esta noche irá caliente la cosa,—dijo Khaluguin al volver de casa del general.

—Ah! qué hay? una salida?—preguntaron los otros á la vez.

—No lo sé. Ya lo veremos todos,—respondió Khaluguin con sonrisa misteriosa.

—Mi comandante está en el bastión, yo debo ir también,—dijo Praskukhin, cogiendo su sable.

Pero nadie le respondió. El sabría si debía ir ó no.

Praskukhin y Neferdov salieron para ir á su guardia.

—Adiós, señores; hasta la vista, señores. Aun volveremos á vernos esta noche,—gritó Khaluguin desde la ventana, mientras que Praskukhin y Neferdov, inclinados sobre sus sillas cosacas se alejaban al gran trote.

El galope de los caballos cosacos perdióse bien pronto en las calles sombrías.

—No me dijiste que habría algo de importancia esta noche?—preguntó Galtzine, acercándose á la ventana detrás de Khaluguin, y mirando las bombas que pasaban por encima de los bastiones.

—A tí ya te lo puedo contar. Ves tú... Tú has estado en el bastión?—Galtzine hizo un signo afirmativo, aunque había ido una sola vez al cuarto bastión.—Pues bien, frente de nuestra luneta hay una trinchera...—y Khaluguin, que no era ningún estratega, aunque creía sus explicaciones sobradamente claras y precisas, empezó á embrollarse un poco, tergiversando los términos de fortificaciones y defensas, relatando el estado de los trabajos de los nuestros y el de los enemigos y el plan de batalla proyectado.

—Sin embargo, empiezan á tirar muy cerca de los alojamientos. Oh! oh! Esta bomba va para nosotros ó para ellos? Ah! ya ha estallado!...—exclamaron ambos, asomados á la ventana y mirando las líneas fulgurantes de las bombas que se cruzaban en el aire, la llamarada que despedían al estallar y que iluminaba por un momento el cielo azul oscuro, el humo blanquecino de la pólvora, y escuchando atentamente el cañoneo que aumentaba cada vez más.

—Qué hermoso golpe de vista!—dijo Khaluguin llamando la

atención de su huésped sobre aquel espectáculo verdaderamente bello.—Sabes tú que hay veces que no se distingue si es una bomba ó una estrella?

—Es verdad, de momento creía ver una estrella, y, mira como baja... Hela allí á punto de estallar. Y á esta grande estrella como la llamaremos?

—Sabes que nos iremos habituando á estas bombas y que estoy persuadido de que en Rusia, en alguna noche como esta estrellada, creeré que todo son bombas, tanto se acostumbra uno á ello?

—Sin embargo, no piensas hacerme ir á este asalto, verdad?—exclamó Galtzine después de un momento de silencio.

—Qué idea, querido, ni pienso en ello. Yo no te dejaré ni un momento,—respondió Khaluguin.—Todavía hay tiempo, amigo...

—Entonces, seriamente, crees que no me harán ir, eh?

En este momento, en la dirección hacia donde ellos miraban, por encima del rumor de la artillería se oyó otro horroroso de fusilería y millares de pequeños fuegos estallando sin cesar brillaron sobre toda la línea.

—Ahora empieza la verdadera lucha,—dijo Khaluguin.

—Yo no puedo oír con indiferencia los disparos de los fusiles. Se me llevan el alma. Allá va! Hurra!—gritó respondiendo á los gritos lejanos y prolongados de centenares de voces que desde el bastión llegaban hasta ellos.

—De quién son estos hurras, de los nuestros ó de los *otros*?

—No lo sé... mas parece que la batalla es al arma blanca, pues la fusilería ha calmado.

En este momento, cerca del umbral, bajo la misma ventana, se paró un oficial seguido de un cosaco y se bajó del caballo.

—De dónde venís?

—Del bastión. Nos falta un jefe...

—Entonces... Y bien, qué?

—Han atacado los alojamientos... Los han copado... Los franceses han enviado grandes reservas... Han atacado á los nuestros... No había más que dos batallones,—pronunció, sofocado, el oficial, que era el mismo que había ido anteriormente, y respirando con pena se dirigió rápidamente hacia la puerta.

—Y bien, hacia dónde se han retirado?—preguntó Galtzine.

—No,—respondió bruscamente el oficial.—Un batallón se ha prestado á venir en nuestra ayuda y los hemos podido repeler. Pero... el coronel ha muerto, lo mismo que un gran número de oficiales. Entonces me han dado la orden de venir á buscar refuerzos...

Y diciendo esto, pasó con Khalugin á casa del general, en donde nosotros no les seguiremos.

Cinco minutos después, Khalugin estaba montado sobre un caballo cosaco, con ese aspecto un si es elegante, con el cual, como ya lo he hecho notar, todos los ayudantes de campo aparecían con tipo atrayente, y al galope partió al bastión para transmitir algunas órdenes y esperar la noticia de los resultados de las mismas.

El príncipe Galtzine, bajo la influencia que producen siempre sobre el espectador que no toma en ella una parte directa, los indicios de una cercana lucha, salió á la calle y, sin objeto ninguno, empezó á pasearse de arriba á abajo.

VI

Algunos soldados trasladaban heridos en las camillas y sosteniendo á otros por el brazo. La calle estaba del todo oscura. Solamente algunas de las ventanas del hospital estaban entreabiertas, así como las celdas de los oficiales que estaban de guardia. En los bastiones seguía el mismo estallido de los cañones y fusiles, y numerosas bombas alumbraban el oscuro cielo. De cuando en cuando oíase el galope de un caballo, el gemido de un herido, el paso y las conversaciones de los camilleros, los lamentos de las mujeres enloquecidas de terror y de los habitantes que, en el dintel de sus puertas, miraban al cielo y escuchaban el bombardeo.

Entre estos últimos hallábanse nuestros conocidos Nihila y la vieja mujer del marinero, con la cual ya se había reconciliado, y su hija, niña de diez años.

—Oh, Señor! Oh, Santa Virgen María!—murmuraba suspirando la vieja, mientras sus miradas seguían el curso de las bombas que, como bolas de fuego, saltaban seguidamente de un lado y de otro.

—Qué maldad! Qué maldad! Oh! oh! oh! no puede siquiera compararse al primer bombardeo! Ah! la maldita, en dónde habrá estallado!... Justo, en los alrededores de nuestra casa, dentro de la población.

—No, un poco más lejos; en casa de la tía Arinka. Ya cayó días atrás una en su jardín,—dijo la niña.

—En dónde estará mientras tanto mi amo?—dijo Nihila con voz fuerte, cantante, todavía algo borracho. Ah! cuánto quiero yo á mi amo! Ni yo mismo lo sé bien, mas le quiero tanto, que si él muere,



Dios no lo quiera, credme, *abuelita*, no sé lo que haré, os lo juro! El sí que es un buen amo! A él sí que no se le puede comparar con estos que por ahí juegan á cartas! Esos, puf! helo aquí todo,—concluyó Nihila, mostrando la ventana alumbrada del aposento de su amo, en donde, en ausencia del capitán ayudante, el *junker* Joadtcheski, para festejar su condecoración, había invitado á los tenientes Ogrovitch y Nepchissetzki, que sólo estaba enfermo de una simple fluxión.

—Oh! las estrellitas! las estrellitas! Cómo ruedan!—dijo la niña, rompiendo el silencio que se había seguido á las palabras de Nihila, mientras miraba al cielo.—Miradla! miradla! otra que ha caldo! Por qué será esto? Ah! mamá!

—Serán capaces de destruir del todo nuestra pequeña casa,